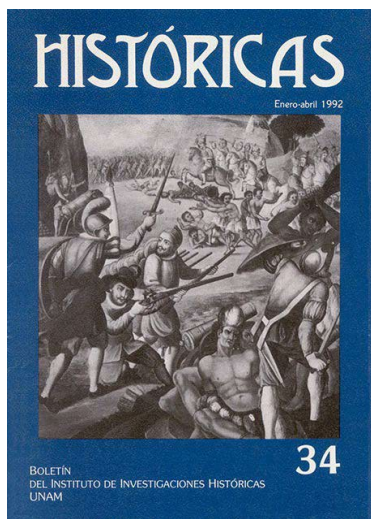




Artículo: Enrique Plascencia de la Parra, Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)

Autor(es): Matute, Álvaro

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 34

Año: 1992

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Matute, Álvaro. "Enrique Plascencia de la Parra, Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 34 (1992): p. 64-66. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3788>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Enrique Plasencia de la Parra, *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, 172 p. (Regiones).

Antes de los historiadores está la historia popular. No es que quiera ser lapidario, o broncíneo, ni mucho menos populista, pero cabe advertir el hecho de que antes que llegue el historiador a investigar, sistematizar, organizar y proponer lo cognoscible de la historia, existe una idea de ella, derivada, como diría Ortega y Gasset, de un conjunto de creencias. Después viene el historiador quien lleva la idea a otras alturas, gracias al sustento que le da un enorme cúmulo de conocimientos sobre un determinado universo. Pero antes de él, insisto, está la idea o creencia popular en torno a la historia. Ahora bien, ¿quién propone esa creencia?, ¿dónde se origina? La conmemoración, siempre, y no sin razón, vituperada, funciona al menos como acto iniciatorio de lo que después será la historiografía.

El tema del libro de Enrique Plasencia de la Parra es precisamente el discurso conmemorativo, esto es, una de las funciones originarias del conocimiento histórico, aunque ciertamente no su función más alta o acabada. Sin embargo, pese a su descrédito, muchas de las ideas expresadas en el discurso conmemorativo acabarán sustentando el conocimiento propuesto por la historiografía. El discurso es un acto de comunicación, como bien nos lo ha enseñado Pero Grullo. Acto que implica a su emisor y a sus recipientes. El discurso oficial, conmemorativo, propone una idea de Estado, lo que el Estado quiere que se conozca u opine en torno a un hecho con el cual se identifica.

Plasencia ha escogido el discurso conmemorativo sobre la independencia de México, no necesariamente el del 16 de septiembre, sino además de éste el del 27 del mismo mes u otros agregados. La opción 16 ó 27 de septiembre adquirió una valoración ideológica a lo largo de los años escogidos por Plasencia y que abarcan desde la primera celebración oficial, aparte de las propias de los insurgentes con el 16, o la de Iturbide cuando celebró su único aniversario de la entrada del Trigarante, en 1822. Además, pues, de esas dos fuentes conmemorativas, a partir del año republicano y federalista de 1825 fue celebrado el 16 de septiembre, primero de manera exclusiva, y después de 1836, con el advenimiento de las Siete Leyes del centralismo, sería desplazado o compartido con el 27. ¿Inicio o fin? ¿Insurgencia o independencia? ¿Hidalgo o Iturbide?

Antes de proseguir con el texto de Plasencia, cabe una reflexión acerca del siglo xx. Tocó a Porfirio Díaz conmemorar el centenario de la gesta de 1810. En cambio, al *revolucionario* Obregón lo alcanzó el centenario de la consumación. Su secretario de Relaciones, Alberto J. Pani, acaso no exento de nostalgia porfiriana, convenció al caudillo-presidente de que unas buenas fiestas centenarias podrían servir para lograr el ansiado reco-

nocimiento internacional que requería su gobierno. Así, hubo en 1921 todo género de verbenas, un *Te Deum* en Catedral, y visitantes ilustres, aunque ninguno como el Marqués de Polavieja, ni regalo de kioscos moriscos ni relojes chinos ni inauguraciones de universidad. Las fiestas de Pani no tuvieron la relevancia de las de 1910, no tanto por los regímenes organizadores o por el dinero invertido en ellas, sino por la falta de base popular de la efemérides iturbidista frente a la de Hidalgo. Definitivamente, la creencia popular hizo ganar la partida a Hidalgo. Un régimen populista reciente, el de Luis Echeverría, tuvo que soslayar al emperador moreliano en el sesquicentenario de su victoria para exaltar al más identificable Vicente Guerrero — quien gustaba de comer al aire libre en la Hacienda de Los Portales, según el malvado y brillante don Lorenzo de Zavala — y atosigar a los ciudadanos con el lema *La patria es primero* durante todo el año de 1971. En fin, los excesos y las necesidades de la historia oficial. Por su parte, como antídoto, en ese mismo año grupos señaladamente conservadores celebraron una función en La Profesa — *of all places* — para recordar a Agustín I.

Pero volvamos al texto de Enrique Plasencia de la Parra. El 3 de septiembre de 1964, don Edmundo O'Gorman, en su discurso inaugural en la Academia de la Historia, reveló a sus escuchas la historicidad de Hidalgo. Mostró con la brillantez que le es característica cómo se fue formando y forjando la idea que tenemos de Hidalgo los mexicanos. La carrera que lo llevó a la paternidad patria. Después de ese extraordinario texto, la investigación histórica estaba en deuda con una temática tan interesante como lo es mostrar qué se fue pensando de la independencia y cómo se fue concibiendo su recordación colectiva. La carrera que propone Enrique abarca tres tramos fundamentales: el dominado por el federalismo, el centralista-conservador y finalmente el reformista. El que sean tres parece llevarnos por los caminos de la dialéctica y es posible que pueda encontrarse, aunque no resulta clara la síntesis reformista, pero sí su función antitética con respecto a la, a su vez, antítesis conservadora. De hecho, quien sí realizó una síntesis fue Maximiliano, quien importado por los conservadores, rescató al Hidalgo de los reformadores y lo consagró, destruyendo lo que ya estaba identificado como una divisa que debía ser propia del Imperio. Sin embargo, Maximiliano optó por don Miguel Hidalgo y no por quien lo antecedió en el trono imperial. Paradojas de la historia.

Acaso Maximiliano o sus consejeros tuvo o tuvieron la sensibilidad de entender que Hidalgo era la figura popular y que les debía ser arrebatado como bandera a los republicanos. Ya en 1865 las raíces de la insurgencia habían llegado a profundidades mayores que las independentistas, sobre todo si se piensa en la incómoda presencia de los comandados por Bazaine, que no permitían congruencia con la idea de Iturbide de todos unidos pero independientes.

En fin, la oratoria de quienes exaltaron a los insurgentes y el 16 de septiembre, identificados con el progreso, lo popular y lo avanzado, ya había ganado de hecho otra identificación: la nacionalista, que se coloca por encima de progreso o retroceso, de ideologías más denotativas, para servir de punto de identidad fundamental. El discurso ganador fue necesariamente el popular. Y pueblo y nación se confundieron en una sola instancia que no podía tener quien organizó a los mandos del ejército y no levantó a las masas como lo hizo su figura histórica antagónica.

Aparte de ese tema, en sí apasionante, Plasencia muestra también la inteligencia de algunos discursos que más adelante la historiografía aprovecharía para su propio sustento. Sin embargo, nuevamente hay contradicciones. Las primeras propuestas historiográficas, excluida la popular de Carlos María de Bustamante, es decir, las hechas con el cerebro y no con el corazón, me refiero por supuesto a Zavala, Mora y Alamán, por encima de sus posiciones ideológicas contrapuestas, no aceptaban a la insurgencia por espontánea, incontrolable, desorganizada, y en cambio encomian a Iturbide su propuesta meditada, clara y articulada. Pese a su talento, buena pluma e investigación rigurosa, el discurso popular los rebasó y acabaron dándole la razón al primer historiador nacionalista-populista, al oaxaqueño Bustamante, a quien le faltaron toneladas de talento para ser nuestro Michelet, pero que, como el gran historiador-narrador francés, encontró el sentido popular de la historia a captar: precisamente la acción del pueblo en la historia.

El discurso conmemorativo estableció una base contra la cual reaccionarían los historiadores. ¿Quién tiene la razón? Ambos, desde luego. Los historiadores ofrecen muchas pruebas para dejar en claro que quien tiene de su parte la razón, la lógica, es quien debe citar las reglas y a quien se le debe reconocer un triunfo claro. El discurso popular —siempre que sea auténtico y no manipulado por el Estado— estará más cerca de una verdad más profunda por ser más comprometida. Los historiadores se han ido más con los individuos, mientras que la creencia popular con las masas y sus conductores. Por eso ganó Hidalgo y perdió Iturbide, aunque en la vida real Hidalgo sólo contemplara el triunfo fugaz de Guadalajara y pronto se le impusiera la realidad de Puente de Calderón, mientras que Iturbide, en cambio, pudiera tener su testa coronada, aunque después de Livorno encontrara su fin en Padilla.

Texto que nos da pretexto para todas estas reflexiones, la lectura del libro de Enrique Plasencia de la Parra nos lleva a una seria meditación sobre la formación del nacionalismo mexicano en el siglo XIX.

Álvaro Matute

Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM